

**FIDEL AIZPURÚA DONAZAR, OFMC**

**«A quienes andan dispersos»:  
una lectura social de las cartas de Pedro  
I. Un hogar para curar desamparos (1Pe)**

**Separata de LUMEN 56 (2007) 379-406**



## «A quienes andan dispersos»: Una lectura social de las cartas de Pedro

### I. Un hogar para curar desamparos (1 Pe)

«¿Qué se puede esperar de quien no tiene hogar?». Así reza el dicho castellano. La sabiduría popular ha condensado en esta «amenaza de desamparo» la raíz de futuras actuaciones cuestionables<sup>1</sup>. La experiencia de hogar es uno de los grandes condicionantes de la estructura básica de toda persona. Es ahí donde se cuecen nociones decisivas como la conciencia de lo propio y lo ajeno con la certeza de una identidad y la necesidad de un «territorio vital». Es ahí donde se va aprendiendo a cómo ser uno mismo entre lo que nos rodea<sup>2</sup>. Es en ese marco donde se aprende, a la vez que la noción de uno mismo, la evidencia de que el otro está ahí. El hogar y sus peculiares relaciones es, en último término, la medicina que palia el desamparo hondamente vital en el que muchas veces se mueve la existencia humana. Por eso es tan decisivo el tema del hogar en la vida de las personas.

Lo determinante de las relaciones hogareñas ha pasado al mismo Nuevo Testamento. En el Evangelio de Juan se mantiene la diferencia que existe entre el vocablo *casa* entendido como edifi-

---

<sup>1</sup> Cf S. BUSQUETS, *Nuestros vecinos de la calle. El rostro de una problemática social: Cuadernos Cristianisme i justícia*, nº 15, Barcelona 2007.

<sup>2</sup> «Es posible ser uno mismo frente a lo que nos rodea? En principio hay que pensar que sí es posible, a pesar de que el influjo de las circunstancias y el ambiente particular, y social en general, en el que nos desenvolvemos pueden ser muy poderosos. Para ello es necesario tener unos patrones firmes de comportamiento, conocernos a nosotros mismos, saber qué objetivos queremos alcanzar a lo largo de nuestra vida, lo que conviene a nuestro particular modo de ser, un sentido de responsabilidad y capacidad de juicio crítico para concebir el beneficio perjuicio que determinados comportamientos nos pueden producir en el futuro»: J.A. VALLEJO NÁJERA (dir.), *Guía práctica de psicología*, Madrid 1991, 224.

cio, lugar concreto, inmueble y *hogar* que sugiere la relación íntima, de amor, que existe entre los miembros de una familia o núcleo relacional. Así en Jn 2,17, dentro de una escena polémica con el judaísmo antiguo por razón de la institución del Templo, se emplea, citando al AT (Sal 69,10), el vocablo *casa* (*oikos*): «El celo de tu casa me devora» (*Ho zêlos tou oikou sou kataphagetai me*). Mientras que en Jn 14,2, en una instrucción dirigida a la comunidad, se emplea el término *hogar* (*oikía*): «En el hogar de mi Padre hay vivienda para muchos» (*En tē oikia tou patros mou monai pollai eisin*). Es decir, para el creyente las relaciones con Dios han de ser hogareñas, de total intimidad y confianza, capaces de construir una relación de amor. Esa será una de las condiciones para poder asimilar el Mensaje central de la buena nueva joánica que no es otra sino la de que la historia humana es una historia acompañada, con Dios dentro (Jn 14,23)<sup>3</sup>.

De esta necesidad elemental de contar con un amparo hogareño brotan muchas situaciones sociales que, en modos y medidas diversas, afligen a amplias capas de la población mundial. El tema de la vivienda, debido al fenómeno del acelerado urbanismo mundial, afecta ya a más de dos mil millones de personas<sup>4</sup>. Los problemas de vivienda que afligen a nuestros países desarrollados casi nada tienen que ver con los países del tercer mundo. Pero ambos brotan de la necesidad común de tener un techo propio, un ámbito de amparo material y, sobre todo, humano que haga la existencia asumible e incluso gozosa. Esta tendencia casi irrefrenable conlleva el peligro de creer que el amparo se logra únicamente con la materialidad de la vivienda cuando la realidad es que la relación

---

<sup>3</sup> Las cuatro condiciones se proponen en Jn 14,1-25 y son: es preciso relacionarse con Dios en modos hogareños; hay que lanzar a Jesús que es camino hacia el padre; se debe tener avivada la certeza de que al final del camino histórico, si lo hace unido a Jesús, se topa uno con el Padre; la oración de Jesús por el creyente viene en socorro de cualquier imposibilidad. Estas cuatro condiciones posibilitan la comprensión de una vida acompañada, ampara por el Padre.

<sup>4</sup> Actualmente unos tres mil millones de habitantes del planeta, el 50 por ciento, residen en áreas urbanas y el problema de la vivienda es una crisis ya existente. En un cuarto de siglo se agregarán otros dos mil millones.

humana que propicia el habitat es tan necesaria, o más, que aquella otra.

Y, ampliando el campo, está luego la tremenda problemática de los hogares trasnacionales, el tema de las patrias, de las identidades nacionales, de los desplazados. Quien jamás haya tenido que abandonar su tierra, ni por cuestiones políticas ni siquiera por asuntos laborales, difícilmente se percatará del océano de dolor que conlleva la desposesión del habitat natural en que una persona ha elaborado sus relaciones iniciales de amparo. Y más todavía cuando esos desplazamientos están fuertemente ligados a situaciones de dura pobreza<sup>5</sup>. Todo este componente hace parte del caminar histórico del presente e ignorarlo cuando se plantea el tema del amparo hogareño sería situarse en la pura lírica.

La 1 Pe hace hoy una propuesta que, inicialmente, puede ser tildada de ingenua y hasta infantil. Pero que si se la sitúa en su correcto lugar, en la estructura básica del componente relacional de la persona, quizá pueda ser de interés al lector actual. Esa propuesta es la que considera a la persona como el mejor amparo de otra persona. La casa de la persona es la persona. O si se quiere: la comunidad (humana y creyente) puede ser hogar real para quienes sufren la experiencia de erradicación de su hogar natural. Este «hogar subrogado» puede ser una realidad capaz de revitalizar y reorientar la vida de quien anda extraviado en el océano de la pérdida de identidad, de la desposesión de la patria o de la oscuridad del desafecto. Desde aquí la espiritualidad cristiana puede ser una aportación a los caminos de la persona como, al parecer, lo fue desde sus momentos iniciales<sup>6</sup>.

---

<sup>5</sup> «Parece haber una relación entre los movimientos forzados y la pobreza del país. Y si a la pobreza extrema se le suman conflictos bélicos, los movimientos forzados se generalizan. Más allá de las causas de su situación, es evidente que los refugiados y refugiadas se ven obligados a vivir del modo más precario posible»: B. SUTCLIFFE, *100 imágenes de un mundo desigual*, Barcelona 1998, 231.

<sup>6</sup> «El cristianismo no fue una simple estructura de creencias difundidas entre multitud de personas. Sino que adquirió la forma de comunidad primitiva: comunidad en el pleno sentido de la palabras, que consistía en reducidos grupos de

Desde estos planteamientos iniciales, resulta más necesaria que nunca una «lectura social» de 1 Pe. Este es un tipo de lectura que postula la conexión del imaginario bíblico y el social, que trata de utilizar lenguajes comunes para ambos campos, que activa la conciencia de pertenencia común tanto al ámbito creyente como al social, que trata de iluminar situaciones y que impulsa al lector en la línea de la humanización haciendo un esfuerzo explícito por leer con corrección los signos de los tiempos, que, finalmente, no descarta incidir en la modificación del hecho social dejándose interrogar por el mundo de las pobrezas<sup>7</sup>. Esto nos llevará a hacer hincapié en el sustrato antropológico y social de los textos como fundamentación de una espiritualidad que sea susceptible de ser utilizada por creyentes e, incluso, por no creyentes.

## 1. Lectura sincrónica

De autor probablemente pseudonímico y en torno al año 64 (persecución de Nerón), 1 Pe es una carta (algunos dicen que es una homilía bautismal por sus numerosas alusiones al bautismo) escrita para judeocristianos por un cristiano de origen pagano que vive en el extranjero, fuera de Palestina. Carta que, haciendo grupo con las *católicas*, tiene como trasfondo un problema histórico concreto: alentar a los judeocristianos que, como extranjeros, habitan en entornos paganos donde su fe y su estilo de vida encuentran dificultades para ser vividos. En esa situación de extranjería, la comunidad es el aliento y el amparo de quien se siente sin hogar. Vamos a hacer una lectura sincrónica del texto, articulándolo en

---

personas que frecuentemente hacían vida común, que a veces hacían fondo común de sus bienes, y cuya obligación moral ineludible consistía en cuidar los unos de los otros en este mundo»: R.A. NISBET, *The Social Philosophers: Community and Conflict in Western Thought*, New York 1973, 117, citado en J.H. ELLIOT, *Un hogar para los que no tienen patria ni hogar. Estudio crítico social de la Carta primera de Pedro y de su situación y estrategia*, Estella 1995, 369.

<sup>7</sup> Cf F. AIZPURÚA, *To agapân allélous. Una lectura social de Jn 13,34-35*: *Lumen* 49 (2000) 297-345.

cinco ejes principales. Así se podrá captar la novedad ideológica del texto.

### 1) Primer momento: Un tiempo de enorme dificultad

La propuesta de la comunidad como amparo del creyente no se hace desde planteamientos líricos o ideológicos. Es la pura y dura necesidad de un momento difícil la que la hace brotar. Efectivamente, es en la conciencia de ser «emigrantes dispersos» (*Parepidêmois diasporas*: 1,1). Es este saberse en la dispersión lo que va a hacer que la mirada se vuelva sobre la realidad de la persona. Mientras no se tenga avivada la conciencia de extranjería (sociológica y vital) mes difícil caer en la cuenta del momento de dificultad que se cierne sobre la persona y, en consecuencia, es difícil que se busque una salida elaborada a la tal situación de dificultad.

Más aún, en 2,11 estos primeros cristianos se autodenominan como «forasteros y emigrantes» (*Paroikous kai parepidêmous*). «Los *pároikoi* son los extraños, los extranjeros, los forasteros, la gente que está fuera de su patria, o que carecen de raíces en el país, o no comparten las mismas convicciones políticas, sociales o religiosas de las personas entre las que viven... Mientras que *oikos* tiene connotaciones de hogar, de sitio donde uno se encuentra a gusto y está encajado, del lugar adecuado donde nos encontramos bien, vemos que *pároikos* describe a la persona desplazada y que está fuera de su lugar, la forastero o extranjero que despierta curiosidad o sospecha»<sup>8</sup>.

Esta condición es la que lleva entender a estas personas con los derechos civiles mermados y, de ahí, con su situación personal, económica y social, mermadas. Esto es lo que causa un verdadero sufrimiento en el cotidiano vivir del extranjero. Pero el autor quiere redituvar, no relativizar, este sufrimiento social en el marco del esquema «sufrimiento intenso pero breve»<sup>9</sup>: «Tras un breve pade-

---

<sup>8</sup> J.H. ELLIOT, *Un hogar...*, pp. 61-62.

<sup>9</sup> Conocemos este esquema por Jn 16,21 con la metáfora de la parturienta.

cer, Dios... os restablecerá, afianzará, robustecerá y os dará estabilidad» (*Oligon pathontas autos katakrisei, sthenôsei, themeliôsei*: 5,10b). Esta curación de Dios se hará en la historia misma del grupo creyente, no en un más allá extrahistórico. La comunidad será la evidencia del amparo que Dios tiene con toda persona.

Todo esto tiene que ayudar a vivir despiertos: «Despejaos, despabilaos» (*Nêpsate, grêgorêsate*: 5,8a). Esta lucidez para el enfoque de los acontecimientos es imprescindible para, captando la dificultad del momento, poder elaborar ese conflicto de manera que sirva de trampolín para una nueva vivencia de la fe común, para una orientación positiva del existir.

## 2) Segundo momento: Los apoyos de la fe

Si el Mensaje es un socorro para el camino histórico de la persona es lógico que el creyente se pregunte qué apoyos reales le ofrece la fe para salir adelante en su condición social de extranjero<sup>10</sup>. Globalmente hablando, el Mensaje trata de hacer renacer la esperanza en quien se siente abatido. Es una esperanza que se concreta varios puntos, como veremos, pero que tiene la raíz en el mismo Jesús: «para la viva esperanza que nos dio» (*Eis elpida zôsan*: 1,3). Lo de Jesús no ha sido tanto un mensaje de intencionalidad religiosa, sino existencial: abrir campo a la esperanza de quien en la historia tiene carencias de espera<sup>11</sup>. Esta esperanza surge con estos apoyos: a) Un nuevo nacimiento (*Anagennsas hêmas*: 1,3) que, como en Jn 3,1-11, posibilita una mentalidad nueva ante la vida, mentalidad que está caracterizada por la benignidad y fraternidad, elementos que hacen leer los acontecimientos en modos más positivos y humanos; b) Una herencia imperecedera (*Eis klêronomian aphtharton*: 1,4): que se guarda intacta «en el cielo» pero

---

<sup>10</sup> El Mensaje apunta a las necesidades históricas no tanto como solución de las mismas sino como iluminación para entenderlas y para sugerir caminos. La capacidad iluminadora de la Palabra tiene un rostro histórico.

<sup>11</sup> De un modo muy hermoso dice Pablo en Hech 26,23 que Jesús «anunciaría un amanecer lo mismo para el pueblo que para los paganos».

que se empieza a disfrutar en los parámetros históricos, como le ha ocurrido al mismo Jesús; c) Un horizonte nuevo en este «momento final» (*Eis sôtêrian hetoimên apocalupsthênai en kairô eskhatô*: 1,5): porque vivir con nuevos horizontes aligera el peso de la cotidianidad; d) Un premio que se va disfrutando en la medida en que se revela Jesús (*Heurethê eis epainon*: 1,7): ahora en el devenir histórico de la persona y luego en la plenitud del día final.

Para mantener esta mística de resistencia, de espera, de atisbo, no hace falta tocar y ver a Jesús. Se pueden mantener estos anhelos ahora que el Jesús de la historia ya no está entre nosotros<sup>12</sup>. Se puede «amar sin ver»<sup>13</sup>: «Vosotros no lo visteis, pero lo amáis» (*Hon ouk idontes agapate*: 1,8). Esto puede llevar a una alegría «increíble». De manera que la vida del creyente, en medio de dificultades históricas, no es un continuo languidecer, sino un auténtico disfrute, más allá de cualquier constricción.

Si todo este conjunto no resulta suficiente, que el creyente recuerde la apuesta que Jesús ha hecho por él<sup>14</sup>. «Sabéis con qué os rescataron... con una sangre preciosa» (*Eidotes elutrôthête... timiô haimati*: 1,18-19). En el parámetro conocido del «rescate» el autor anima a percibir a Jesús como el apoyo decisivo para su toma de postura social: hundirse en el mar del paganismo sin asimilar la dificultad de la extranjería sería como dejar por ineficaz a la entrega de Jesús, como si su vida hubiera sido en vano. Frustrar la esperanza de Jesús sería la ruina de lo humano. Por el contrario, ser consciente del valor de la sangre de Jesús, de su entrega, tendría

---

<sup>12</sup> Es la gran pregunta de las comunidades cristianas de segunda y tercera generación, como lo demuestra el bloque de Jn 14-17.

<sup>13</sup> El anhelante, el místico, como decía san Juan de la cruz, quiere saciarse con la «presencia y la figura»: «Descubre tu presencia, y máteme tu vista y hermosura; mira que la dolencia de amor, que no se cura sino con la presencia y la figura». (*Cántico espiritual*, Canción 11).

<sup>14</sup> El recurso a Jesús como «argumento último» es característico de las Católicas.

que llevar a una vida confiada y esperanzada, a pesar de cualquier dificultad. Ahí se prueba la madurez y adultez real de la fe<sup>15</sup>.

En el pequeño midrás de 3,18-22 el autor trata de animar al seguidor/a usando el lenguaje mítico que describe la victoria de Jesús sobre la muerte y las consecuencias sobre la vida del cristiano: su bautismo le ha de llevar a un estilo de vida nuevo, no a un mero acto de limpieza: «No al hecho de quitarse una suciedad corporal, sino al compromiso con Dios de una conciencia honrada» (*Ou sarkos apothesis rupou alla suneidéseôs agathês eperôtêma eis theon*: 3,21). Es decir, la extranjería, incluso la persecución, no solamente no eximen de una calidad moral de vida, sino que habrían de suscitarla todavía más. Es así cuando se verá qué es lo que realmente significa el bautismo de Jesús que más que un rito religioso es un compromiso de honestidad y justicia con la vida.

Todo este planteamiento ha de tener el rostro de lo histórico<sup>16</sup> que no es otro que una vida moral en coherencia y rectitud: «Uno que ha sufrido en la carne, ha roto con el pecado» (*Ho pathôm sarki pepautai hamartias*: 4,1). Los paganos pueden ridiculizar a estos extranjeros que se apoyan en los valores de la vida y Mensaje de Jesús creyendo que de nada sirve afrontar las dificultades de la vida con humanidad, si al fin y al cabo lo que cuenta es comer y holgar. Pero el creyente mantiene una certeza: se puede vivir ya desde ahora en modos «espirituales», en la línea del Espíritu de Dios que hace más humana la existencia<sup>17</sup>. Eso puede colmar de satisfacción el caminar histórico de la persona. Ahí halla la comunidad el sentido de su fe y de ahí brotará la fuerza para desplegar estrategias de amparo.

---

<sup>15</sup> Esto es lo que los autores místicos denominan como «espacio interior»: la capacidad para encajar las dificultades de la vida y sus alegrías con hondura, de tal manera que la adhesión a Jesús no merme, sino que se afiance.

<sup>16</sup> Preocupación visibilizadora que también vemos en 1 Jn.

<sup>17</sup> Ciertamente que la catequesis de 4,1-6 maneja los temas tópicos de la época: el juicio futuro, el castigo en la otra vida, etc. Pero también hay un ineludible sustento histórico que es preciso desvelar.

### 3) Tercer momento: Los apoyos de la comunidad

¿Además de la espiritualidad que antecede, puede la comunidad ofrecer apoyos reales a sus miembros en esta hora histórica difícil? La primera de ellas es aquella que muestra que la dura realidad de la emigración y las incomprendiones que acarrea se ven reconfortadas por la certeza creyente de pertenecer a un grupo creyente donde la fe es viva, asentada en Jesús, integradora del hermano/a: «También vosotros, como piedras vivas, vais entrando en la construcción del templo espiritual» (*Kai autoi ôs lithoi zôntes oikodomeisthe oikos pneumatikos*: 2,5). Este «templo espiritual» se pone al templo material, el que conocía el judaísmo, el Templo de Jerusalén y lo que representa<sup>18</sup>. La gran novedad de la comunidad cristiana es que el verdadero templo es la comunidad asentada sobre la propuesta de Jesús y articulada en la bondad humana más allá de cualquier incomprendión que haya que sufrir por circunstancias sociales, como la de la emigración. Esta resistencia como comunidad asentada en Jesús es la que llevará precisamente a no renunciar a ningún derecho de ciudadanía, por mucho que se le nieguen<sup>19</sup>.

Esta construcción espiritual que es la comunidad adquiere en la cercanía el rostro de la acogida. No es de extrañar, pues, que la acogida fraterna experimentada con hondura llegue a generar amor de calidad. Es la dinámica de lo vivo: el hecho de amar que genera un amor intenso. Se recupera así el mandamiento básico y único del Mensaje de Jesús: «Amaos unos a otros de corazón e intensamente» (*Ek kardias allêlous agapêsate ektenôs*: 1,22). De corazón e intensamente, he ahí el modo del amor comunitario. No se trata de un amor ritual ni religioso, sino vital y existencial. Ello ha de llevar a una preocupación real por la situación personal del hermano. Sin este cimiento es difícil construir la fraternidad. Por

---

<sup>18</sup> Es la misma contraposición de Pablo en Rom 12,1 entre culto religioso y culto auténtico.

<sup>19</sup> La resistencia civil sin una determinada mística es casi imposible.

el contrario, cuando este amor lleva a planteamientos concretos, el amparo surge imparable<sup>20</sup>.

Y de ahí se llega a un estilo de vida común caracterizado por la simple bondad humana que dimana de una correcta valoración de la persona como tal. Así lo ha hecho Jesús y ése es el camino que se propone al creyente<sup>21</sup>. Estos serán los componentes de dicho estilo de vida: a) Ser compasivos (*Sumpatheis*: 3,8): la compasión es siempre nueva, porque nuevas son las necesidades del hermano; b) De buen corazón (*Eusplagkhnoi*: 3,8): ya que la buena entraña propicia otra lectura de la realidad de la persona; c) Con humildad (*Tapeinophrones*: 3,8): de mentalidad sencilla, menor, alejado de cualquier soberbia; d) De lenguaje benigno y perdonador (*Tounantion de eulogountes*: 3,9): porque en el lenguaje se juega una gran parte de la relación humana. Todos estos elementos conforman el perfil concreto de la comunidad que acoge. En realidad no son cosas extraordinarios sino que, en su conjunto, pretenden orientar la mirada con que enfocamos la realidad de la persona. Si eso se logra, la comunidad empieza a ser casa de amparo para quien anda en la diáspora social, económica o personal<sup>22</sup>.

---

<sup>20</sup> Al mecanismo religioso no le interesan las comunidades de vida, sino los grupos de fieles. Para una vivencia de la doctrina, sobra la comunidad. Pero si se quiere llegar a concreciones que toquen el caminar real de la persona, el cauce comunitario se hace imprescindible.

<sup>21</sup> El ideal de «ser bueno», en su sencillez, es inmenso. Ya lo dice Mc 10,18: «¿Por qué me llamas bueno? Bueno como Dios, ninguno». Y en «sed buenos del todo como mi Padre es bueno del todo» (Mt 5,48). Por lo demás, como decimos, la bondad deriva de la correcta comprensión de la persona como sujeto de derechos: «La humanidad, por distintos y convergentes caminos, ha descubierto que el modo más eficaz de conseguir la felicidad y la justicia es afirmando el valor intrínseco de cada ser humano»: J.A. MARINA – M. DE LA VÁLGOMA, *La lucha por la dignidad. Teoría de la felicidad política*, Barcelona 2000, 27.

<sup>22</sup> «Cuando los seres humanos se libran de la miseria, de la ignorancia, del miedo, del dogmatismo y del odio –elementos claramente interrelacionados– evolucionan de manera muy parecida hacia la racionalidad, la libertad individual, la democracia, la seguridades políticas y jurídicas de la solidaridad»: *Ibid.*, p. 26. «Un hombre sin sentimiento de piedad no es un hombre; un hombre sin

La misma organización interna de la comunidad ha de reflejar en sus sencillas estructuras esta visión fraterna y benigna de la relación con la persona: Unos responsables de la comunidad que no tiranicen a los demás ni busquen el lucro de ninguna, sino que sirvan realmente al grupo de creyentes que los ha puesto en ese lugar de responsabilidad (5,1-4). En realidad, ellos han recibido un encargo que se les ha confiado (*Méd'ôs katakurieontes tôn klêrôn*: 5,3); deberán cumplir ese encargo con pulcritud<sup>23</sup>. Unos jóvenes colaboradores con las estructuras comunitarias (*Neôteroi, hupotagête pesbuterois*: 5,5). Toda la comunidad ha de estar «forrada de humildad» (*Tên tapeinophrosunên egkombôsthe*: 5,5b), porque la actitud humilde, menor, establece un tipo de relación que dignifica a toda persona, incluso al débil. La certeza de que se puede vivir en humanidad con el cercano es lo que sustentará el ánimo para pensar que incluso se puede vivir con esa misma humanidad con quien no nos comprende o persigue. Por este cauce, aunque problemático a veces, puede el creyente gustar la felicidad<sup>24</sup>.

Además, 1 Pe es deudora de la tensión apocalíptica que vivieron las primeras comunidades cristianas<sup>25</sup>. Esa tensión de un fin cercano no le lleva a concluir que resulte inútil un comportamiento ético adecuado y justo. Al revés, precisamente porque el fin se cree próximo, la vida en fraternidad que ampara ha de ser más cultivada. Cree, efectivamente, el autor que «el fin está cerca» (*Pantôn de to telos êggiken*: 4,7). Esta certeza ha de llevar a una vida en calma y sobriedad que posibilite la oración, a una tensión en el amor que no lleve al decaimiento, a una hospitalidad alegre y a

---

sentimiento de deferencia y complacencia no un hombre, y un hombre sin sentimiento del bien y del mal, no es un hombre. El sentimiento de conmiseración es la semilla del amor»: MENCIO, citado en J.A. MARINA, *La lucha por la dignidad...*, p. 46.

<sup>23</sup> Como lo recomienda Pablo en Rom 12,8.

<sup>24</sup> Se cumple aquí el dicho de los filósofos ilustrados de la política que reza: «Nadie se une a los otros para ser desdichado»: citado en la Obra de J.A. MARINA, *La lucha por la dignidad...*, p.22.

<sup>25</sup> Como lo demuestra 1 Tes, primer escrito del NT.

su servicio esmerado a toda la comunidad. De esta forma podrá hacerse visible y concreta la certeza común de que la comunidad es la patria en la que puede encontrar amparo el disperso y extranjero. Así es, la patria es, antes que nada, la comunidad de ahora. Luego, en el día de plenitud, esa experiencia de amparo recibirá la plenitud que hoy no puede tener por su pertenencia a la historia<sup>26</sup>. Todos los creyentes encuentran así acogida y ayuda en la patria de la comunidad, lo que les ayuda a poder llevar una vida inserta en el hecho ciudadano<sup>27</sup>.

#### 4) Cuarto momento: La ciudadanía cristiana

Como queda dicho, la evidencia de pertenecer al ámbito de una comunidad que acoge no lleva, como podría haber sido, a una mentalidad elitista, de secta, segregacionista. Todo lo contrario, sin renunciar a las propias opciones de fe, el creyente amparado por la comunidad se siente parte de la comunidad ciudadana, aunque sea extranjero y disperso. Aun contando con la incompreensión de la comunidad pagana, el creyente no ha de aislarse del hecho ciudadano (como queda dicho en 4,1). Por eso, ha de rechazar cualquier tipo de violencia: «Aun suponiendo que tuvierais que sufrir por ser honrados, dichosos vosotros» (*All'ei kai paskhote dia dikaiosunên, makarioi*: 3,14). Esto ha de llevar a una actitud dialogante, «dispuestos siempre a dar razón de vuestra esperanza a todo el que la pide» (*Hetoimoi aei pros apologian panti tô aitounti humas logon peri tês en humin elpidos*: 3,15). Es una actitud clara y abierta, nada impositiva ni violenta, nada fanática ni sectaria. Además es una actitud resistente que no se quiebra ante cualquier

---

<sup>26</sup> Tradicionalmente se ha entendido la «patria» como el cielo; en parte es cierto, porque allí será la plenitud. Pero el acento del conjunto de la carta, inserta totalmente en la estructura histórica, da a pensar que el concepto de comunidad como patria es totalmente defendible en una lectura social de 1 Pe.

<sup>27</sup> Hacen problema las recomendaciones dadas a las mujeres (3,1ss) y a los esclavos (2,18-25). No conviene leer estos textos con nuestra sensibilidad social respecto a los actuales derechos humanos. Desde ese lado se vuelven inservibles. En la mentalidad de la época, lo importante es que tanto mujeres como esclavos tienen cabida en el hecho fraterno, con sus obligaciones y con sus derechos.

falsa calumnia con la fe en que «las buenas acciones de que son testigos les obligarán a rectificar» (*Ek tôn kalôn ergôn epopteuontes doxasôsin*: 2,12).

Por eso mismo, se ha de tener consideración con los gobernantes legítimos: «Acatad toda institución humana por amor del Señor» (*Hupotagête pasê anthrôpinê ktisei dia ton kurion*: 2,13). Y esto no solamente por una estrategia comprensible, aquella que lleva al respeto de la autoridad porque se está en desventaja numérica y en situación de sospecha ante las estructuras paganas. Más que todo porque se tiene la conciencia tranquila ante el bien hecho y porque se sabe usar la libertad para la construcción del hecho ciudadano. Para el autor de 1 Pe nada tiene que temer quien se porta como un ciudadano correcto. De ahí su taxativa conclusión: (*Pantas timésate, tèn adelphotêta agapate, ton theon phobeisthe, ton basileia timate*: 2,16)<sup>28</sup>.

¿Y si llega la persecución, como probablemente llegó? 1 Pe tiene claros los criterios: a) Hay que estar alegre en la persecución sabiendo que el Mesías también fue perseguido (4,13); habrá que saber encajar todas las consecuencias que se derivan de la opción cristiana (4,14); será preciso mantener una ética humanizadora en cualquier circunstancia. Quizá todo esto ocurra, piensa el autor, porque los días finales están próximos<sup>29</sup>. La conclusión a la que llega en este tema de la persecución es clara y ejemplo de resistencia: la persecución no es óbice para la práctica del bien. «Los que padecen... que practiquen el bien» (*Hoi paskhontes... agathopoïia*: 4,19). Ninguna dificultad habría de interrumpir la actividad cristiana. Pero implícitamente hay también otra línea de pensamiento: más allá de la persecución, el creyente, como buen ciudadano, es persona sujeto de derechos y, por lo tanto, dentro de la ciudadanía

---

<sup>28</sup> Quizá tenga puntos en común con la «teoría política» de Rom 13,1ss, aunque allá, si no se considera el pasaje un texto espurio, habrá que leerlo desde la perspectiva del «culto auténtico» de Rom 12,1.

<sup>29</sup> Es conciencia común, como lo muestra ampliamente Apocalipsis, que los días finales han de estar precedidos de grandes tribulaciones.

conserva todos sus derechos independientemente de sus opciones de fe. La certeza de ser ciudadano con derechos no solamente no está excluida de la carta sino que en el acatamiento de toda institución humana van implícitos.

### 5) Conclusión: La santidad de vivir

Es algo que también conecta con 1 Jn<sup>30</sup>. El autor parece concluir que, en cualquier circunstancia, la vida de quien se siente amparado por la comunidad, lugar donde se cura de sus heridas históricas y donde encuentra la fuerza para vivir en integridad humanizadora, ha de ser una vida «santa», es decir, en la línea humanización del mismo amor del Padre: «Igual que es santo el que os llamó, sed también vosotros santos en toda vuestra conducta» (*Alla kata ton kalesanta humas hagian kai autoi hagioi en pasê anastrophê genêthête*: 1,15). Ha comprendido el autor que se es hijo de Dios en la medida en que la actuación histórica vaya en la línea de la bondad y la justicia, porque ésa es justamente la línea reactuación del amor del Padre<sup>31</sup>.

## 2. Lectura antropológica

Aunque en un segundo plano, 1 Pe sugiere una serie de contenidos antropológicos que merece la pena subrayar. Son, en su modo difuminado, el cimiento real de muchas de nuestras actuaciones.

- 1) *La casa de la persona es la persona*: La búsqueda de amparo lleva con frecuencia a la pensar a hacer prologados éxodos con dudosos resultados. Al final, se termina volviendo al punto de partida, a la realidad de la persona. Porque parece quedar claro que elemento de mayor amparo que tiene la historia humana es la de sus propios congéneres, la evidencia de que la

---

<sup>30</sup> La expresión pertenece a J. SOBRINO, *Reflexiones a propósito del terremoto*: Concilium 290 (2001) 307-308.

<sup>31</sup> Por eso aduce con toda convicción el *testimonium* de Lev 19,2.

persona es el mayor amparo para otra persona. No se trata de ningún corporativismo de especies, sino de la certeza de que es en el corazón de la persona donde se da el mejor marco para el crecimiento de uno mismo/a. Es cierto lo que afirma L. Boff: «No ha sido la lucha por la supervivencia del más fuerte lo que ha garantizado la continuidad de la vida y de los individuos hasta hoy, sino la cooperación y la coexistencia entre ellos»<sup>32</sup>. Esta coexistencia en parámetros de acogida y de amor es el mejor «refugio» para sentirse parte efectiva de la historia. Por eso, el corazón humano hambrea la experiencia de encuentro con otro corazón. Cuando este encuentro se da, las dificultades de la existencia humana, que son muchas, quedan en un segundo plano y pueden ser asumibles<sup>33</sup>. Y siempre será una hermosa tarea humana la de quien se ocupa de dar amparo a la persona no únicamente mediante la entrega de cosas, de bienes, sino también del corazón, que es la raíz de toda entrega<sup>34</sup>.

- 2) *La lucha contra todo desamparo*: Es, ciertamente, la gran lucha de la persona en la historia. Llegar a poder controlar de alguna manera las zonas de desamparo de la existencia es la única forma de alejar de la vida la tristeza y el miedo. Por eso no habría que temer tanto al desamparo cuanto a la carencia de ánimo para luchar contra él<sup>35</sup>. En esa lucha se curten los

---

<sup>32</sup> L. BOFF, *El cuidado esencial. Ética de lo humano, compasión por la tierra*, Madrid 2002, 89.

<sup>33</sup> Así lo narra de forma magnífica el film de Isabel Coixet *La vida secreta de las palabras*.

<sup>34</sup> Como aparece plásticamente expuesto en el film de R. Franco *La buena estrella*.

<sup>35</sup> «La búsqueda obsesiva del bienestar fomenta el miedo, nos convierte a todos en sumisos animales domésticos, y la sumisión es la solución confortable –y por eso amnésica– del temor. La valentía, en cambio, nos libera, pero –molesta contrapartida– nos hace perder parte del bienestar. Hace despertar el gatito mordor al felino libre que vive, sin duda, menos cómodo, sin calefacción, sin cestito, sin comida puesta, y sin arrumacos. Nos lanza al descampado, que es el terri-

valores básicos la dignidad y de la ternura, de la acogida y de la comprensión de cuanto nos rodea. En la lucha contra el desamparo puede encontrar la humanidad un campo común de batalla que la ennoblezca y la lance hacia un futuro mejor. En los trabajos por llenar los anchos desiertos del desamparo se verifica lo mejor de la actividad humana<sup>36</sup>. Todo intento coordinado para intentar erradicar el desamparo es un intento que da rostro al proyecto creador de Dios<sup>37</sup>.

- 3) *El cuidado esencial*: Cuando la persona comprende que cuidar al otro y del otro, incluso que ser cuidado, puede ser un ideal de coexistencia y de amor está entrando en los parámetros elementales de la comunidad humana que ampara. «Cuidar es más que un *acto*; es una *actitud*. Por lo tanto abarca más que un *momento* de atención, de celo y de desvelo. Representa una *actitud* de ocupación, de preocupación, de responsabilización y de compromiso efectivo con el otro»<sup>38</sup>. La falta de cuidado puede ser un estigma de nuestro tiempo, pero, en la medida en que se descubra la vida como una vocación a cuidar, puede ser tratado y remediado. El logro de un mayor nivel de cuidado (a la persona, a las cosas incluso) repercute en el aumento del nivel de amor como fenómeno biológico y humano, en la percepción de la justicia y la dignidad como elementos innegociables, en la ternura vital y en la caricia esencial como cauces a la mano para el hondo bienestar, en la convivencialidad necesaria y en la compasión radical para entender el lado débil de la existencia. El cuidado se concretiza en el cuidado del planeta, del propio nicho ecológico, del propio cuerpo, pe-

---

torio de la libertad y de la creación»: J.A. MARINA, *Anatomía del miedo. Un tratado sobre la valentía*, Barcelona 2006, 194.

<sup>36</sup> De manera afectuosa y profunda lo expresó el anhelo profético cuando anunció que el Reino «la tierra tendrá marido» (Is 62,1).

<sup>37</sup> Los «objetivos del milenio» proclamados por la ONU son un ejemplo moderno de lucha coordinada contra el desamparo, en la medida en que se vayan haciendo realidad.

<sup>38</sup> L. BOFF, *El cuidado esencial...*, p. 29.

ro llega a su culmen en el cuidado del otro, sobre todo de ese otro cuando es débil, del pobre<sup>39</sup>. No quedan tampoco descartados «los otros cuidados», los de nuestra propia alma (nuestros demonios interiores), los de nuestros grandes sueños e incluso los de nuestra propia muerte. Finalmente, «el cuidado es lo que permite la revolución de la ternura al dar prioridad a lo social sobre lo individual y al orientar el desarrollo hacia una mejora en la calidad de vida de los seres humanos y de los demás organismos vivos. El cuidado hace que surja un ser humano complejo, sensible, solidario, amable y conectado con todo y con todos en el universo»<sup>40</sup>. Algo de todo esto se halla en el trasfondo de 1 Pe.

- 4) *Un cambio de mirada*: Nada de esta hermosa espiritualidad será posible si no se efectúa en la persona un cambio de mirada hacia la realidad del otro al que se mira, por componente atávico, como un enemigo. Mientras esa mirada no se humanice y termine en una manera de mirar benigna y comprensiva no será posible suscitar estructura de amparo. Es preciso superar la vivencia del hecho de mirar como algo que cosifica y rebaja al otro<sup>41</sup>. El agente de cambio puede ser la conciencia de que a

---

<sup>39</sup> «No tiene cuidado con los empobrecidos y excluidos quien no los ama de forma concreta y no se arriesga por su causa. La consolidación de una sociedad mundial globalizada y la aparición de un nuevo paradigma de civilización pasa por el cuidado de los pobres, marginados y excluidos. Mientras no se resuelvan sus problemas, seguiremos en la prehistoria. Podremos haber inaugurado el nuevo milenio, pero no la nueva civilización y la era de paz eterna con todos los humanos, con los seres de la creación y con nuestro espléndido Planeta»: *Ibid.*, p. 115.

<sup>40</sup> *Ibid.*, p. 156.

<sup>41</sup> Sartre realiza una descripción descarnada de las relaciones humanas, mostrando su carácter complejo, conflictivo y ambivalente. «La mirada» es la experiencia en la que el otro se hace presente. Ella establece una relación entre un sujeto que mira a un objeto que es mirado. Respecto de las cosas, esta relación es siempre unidireccional y no reversible, pero cuando el que es observado es otro sujeto, otro ser humano, la situación se torna más compleja. Aquél que es mirado como *objeto* es, a su vez, un *sujeto*. Quien mira degrada al otro a mero objeto, lo ve como algo más entre todo lo que constituye su mundo, le asigna un lugar en

los humanos nos une la limitación y que, desde esa limitación asumida, se puede entablar vínculos de afecto, de vida, de relación. Es este «pacto entre derrotados» del que puede surgir la ternura más elemental. De ahí brotará imparable la humanidad y, con ella, el bálsamo del amparo<sup>42</sup>.

### 3. Lectura social

Una percepción amplia del texto de 1 Pe y sus ideas fundamentales deriva, con cierta facilidad, en interrogantes sociales que hoy atraviesan la vida de nuestra comunidad humana. Desde ahí puede surgir también alguna luz para actuaciones sociales de más calado humano y creyente.

- 1) *Defensa del hogar*: La sociedad de hoy está metida en importantes batallas: la defensa de la familia, la defensa del derecho a una vivienda digna, etc. Tal vez haya que pensar que lo importante es defender el hogar, las relaciones que se establecen en el ámbito cercano de las personas. ¿Para qué se quiere una familia como simple estructura social que plantea más interrogantes que soluciones a las demandas del interior de la persona?<sup>43</sup> ¿Para qué se quiere una vivienda cómoda y cálida si lo que de verdad reconforta es la buena relación con el otro? La

---

su proyecto. Al hacerlo, le otorga su «ser objeto», algo que aquél no lograría sin su mediación. El sujeto, al sentirse observado, se siente mero objeto, se siente «degradado, dependiente y fijo», y ello le provoca vergüenza. No sólo es un ser «para sí», es también un ser «para otro» que lo convierte en un ser «en sí».

<sup>42</sup> «Les propongo entonces, con la gravedad de las palabras finales de la vida, que nos abracemos en un compromiso: salgamos a los espacios abiertos, arriesguémonos por el otro, esperemos, con quien extiende sus brazos, que una nueva ola de la historia nos levante. Quizá ya lo están haciendo, de un modo silencioso y subterráneo, como los brotes que laten bajo las tierras del invierno. Algo por lo que todavía vale la pena sufrir y morir, una comunión entre hombres, aquel pacto entre derrotados. Una sola torre, sí, pero refulgente e indestructible»: E. SÁBATO, *Antes del fin*, Barcelona 1999, 187.

<sup>43</sup> Cf V. NAVARRO, *Bienestar insuficiente, democracia incompleta*, Barcelona 2002, 52-62.

deriva social nos hace pensar que si la familia como estructura social (máxime la tradicional) se mantiene en pie, la sociedad está segura, cuando la gran cuestión es el nivel de comunicación y de humanidad que hay entre sus miembros. Igualmente se llega a creer que si la vivienda baja sus cotas de especulación el bienestar automáticamente vendrá a nosotros, mientras que lo que nos hace conjurar nuestros fantasmas vitales es la relación cordial y honda con quien se ama. 1 Pe es un defensor de la relación hogareña, hondamente cordial, porque cree que ahí se halla la clave de muchas de nuestras actuaciones sociales.

- 2) *La identidad entendida como reciprocidad*: En esta época de supuesta globalización los problemas de identidad parece que no han hecho sino aumentar. Quizá sea así porque es cuestión que no se resuelve de una vez por todas, sino que, como pertenecientes a la estructura humana y social básica, tienen que ir resolviéndose en la medida en que los contextos cambian. Hasta ahora la manera común de resolver el problema de la identidad ha sido por vía de oposición: yo, mi pueblo, mi país es lo que es por oposición a lo que es el vecino, el otro, al que, con frecuencia, considero como enemigo. Este esquema, identidad por oposición sigue todavía vigente<sup>44</sup>. 1 Pe, aunque se le pueda aplicar el soniquete de angelismo, propone la construcción de la identidad por vía de la reciprocidad, desde esa perspectiva amable que brindaría un proyecto compartido. La identidad que brota de la reciprocidad no entiende al otro como adversario sino como persona que me completa y me enriquece. Desde ahí los proyectos sociales y aun políticos pue-

---

<sup>44</sup> «¿Separatistas? ¿Separadores? ¿Quién tiró la primera piedra? No importa. Se acerca la hora de la verdad y hay que definir las respectivas posiciones para buscar una salida, ya no desde la perspectiva amable que brindaría un proyecto compartido, sino desde el ángulo estricto que proporcionan los respectivos intereses»: J.J. LÓPEZ BURNIOL, *Federalismo o autodeterminación*: El País, viernes 2 de noviembre de 2007, 35.

den ser ensamblados<sup>45</sup>. ¿Es esto inviable? Hay quienes creen en ello, aunque hoy no sea una mayoría determinante<sup>46</sup>.

- 3) *Convivir es más que tolerar*: Hay que percibir la lentitud de nuestra sociedad (y de las Iglesias) a la hora de articular socialmente el fenómeno migratorio. Se continua desde hace años en una fase de ayuda-caridad-tolerancia que no hace sino postergar el problema de la simple convivencia de planteamientos vitales y culturales distintos. Pero no habla de ser tolerante manteniendo un aislamiento que impida la mezcla social; habla de ser ciudadano común desde la opción religiosa o ideológica que cada cual sostenga. Quizá haya que ir abandonando el concepto de tolerancia porque tiene un cierto sabor de superioridad y ser suplantado por el de simple convivencia. Se contribuye así, como señala Vallespín, a «una mayor comunicación e interpenetración del mundo de las concepciones morales plurales. Los islotes identitarios aislados se abren a una fecundación mutua que no presupone la renuncia de los rasgos diferenciales»<sup>47</sup>. Más aún, el multiculturalismo habría de quedar superado por la simple convivencia, algo que proviene más de los fondos de la persona que de estructuras sociales de mezcla cultural. Por eso, cuando ha-

---

<sup>45</sup> La falta de reciprocidad es lo que bloquea cualquier análisis y, por supuesto, cualquier plan conjunto de actuación. «Somos miembros de un gran cuerpo. La naturaleza nos ha hecho hermanos y nos dirige hacia una única meta; nos ha infundido un amor recíproco, haciéndonos sociables. Ha establecido la equidad y la justicia. De acuerdo con sus normas, quien hace el mal es más desgraciado que quien recibe ese mismo mal. Nuestras manos siempre están dispuestas a ayudar. Medita y repite a menudo esta frase: soy humano, y nada de lo humano me es indiferente. Nuestra sociedad es semejante a una bóveda de piedra: caería si falta el apoyo, y se sostiene, justamente, en virtud de la reciprocidad»: SÉNECA, *Cartas morales a Lucilio*, 95, 52-53.

<sup>46</sup> Y no nos referimos a quien se dice «ciudadano del mundo» pero no ha resuelto sus sentimientos identitarios ni los de los otros, cosa a la que no se lleva por vía de un pensamiento y actuación meramente personal sino, como decimos, desde la perspectiva de la reciprocidad.

<sup>47</sup> Citado por A. ORTEGA, *La fuerza de los pocos*, Barcelona 2007, 188.

blamos de reciprocidad estamos apelando a instancias de los profundo de la persona, de su visión del corazón del otro, más que de correcta imbricación de derechos y deberes<sup>48</sup>.

- 4) *Una ciudadanía que se educa*: 1 Pe habla de pertenencia ciudadana y, de alguna manera, propone que esas actitudes se «eduquen» en el seno de la comunidad ya que ésta es instancia de transmisión de esa clase de valores. Más allá cualquier polémica coyuntural, habrá que decir que la comunidad social está obligada, por razón de humanidad, a educar a sus ciudadanos en los valores que vayan haciendo reales los objetivos de la dignidad, la justicia y la igualdad. Esta obligación educativa no puede ser obviada. Otra cosa serán los modos más efectivos para cumplir ese cometido. Por eso mismo la comunidad cristiana no podrá invocar ninguna clase de impedimentos, ni siquiera morales o religiosos, para torpedear la acción educativa ciudadana. Otra cosa es que mantenga su derecho, inalienable como el de toda persona, a articular en esa formación básica sus planteamientos concretos que, en ningún caso, habría de conculcar la educación ciudadana global sino, más bien, tendrían que enriquecerla y potenciarla. Por lo que si hay algún conflicto es de suponer que, por una u otra parte, están obrando intereses espurios que nada tienen que ver con el logro de la ciudadanía<sup>49</sup>.

---

<sup>48</sup> Hay quien puede pensar que la asunción de la diversidad cultural lleva al relativismo moral. Es posible que así sea, pero puede ser un relativismo que habla más de flexibilidad y de acogida que de disolución de valores.

<sup>49</sup> «No apostar por las posibilidades que ofrece este nuevo marco normativo o limitarse a impartir de manera inductiva los contenidos mínimos a los que se está obligado por ley puede tener como resultado, en el mejor de los casos, crear “ciudadanos y ciudadanas” que conozcan sus derechos y deberes sin que necesariamente los ejerzan. Construir un modelo de Educación para la Ciudadanía, en el que la comunidad escolar se implique y que aborde problemas globales, un modelo basado en la deducción y la participación, contribuirá a crear ciudadanos y ciudadanas globales; alumnos y alumnas que sean personas y que contribuyan a la transformación de los aspectos injustos de la sociedad»: A. ARPA, *Educar para ser ciudadanos o para ser personas*: El País, 8-10-2007.

- 5) *La esperanza como bien social*: No únicamente como un bien «espiritual» que parece no tener arraigo ciudadano, más allá del mero talante personal. No, para 1 Pe suscitar esperanza es un bien comunitario, un dinamismo que puede dar a la acción común un tono u otro muy distinto. De ahí que generar esperanza sea una especie de «obligación social» porque ese trabajo no sería otra cosa sino abrir horizontes a la vida cuando hay muchas personas y entidades que se han descabalgado ya hace tiempo de esta esperanza. Pero otros siguen ahí, como «centinelas»<sup>50</sup>. Entender la esperanza como bien social requiere el apearnos de la idea que el pensamiento neoliberal quiere inculcarnos de que los pobres no tienen ningún valor porque han perdido su capacidad económica. Más allá de sus carencias, toda persona puede contribuir al crecimiento en esperanza con sus sueños de igualdad, con el mantenimiento de las utopías, con el regalo del perdón, con la certeza de que la pobreza puede ser un lugar de encuentro y no únicamente una maldición. Atenerse a la esperanza es agarrarse a un enganche social del que la comunidad siempre estará necesitada, resistiendo con humanidad, porque «en la resistencia habita la esperanza»<sup>51</sup>.

#### 4. Lectura espiritual

1 Pe contribuye don diversos temas a la construcción del edificio de la espiritualidad, entendiéndolo siempre en sentido de espiritualidad humana y, por lo mismo, transferible a toda persona.

---

<sup>50</sup> «No podemos olvidar que en estos viejos tiempos, ya gastados en sus valores, hay quienes en nada creen, pero también hay multitud de seres humanos que trabajan y siguen en la espera, como centinelas»: E. SÁBATO, *La resistencia...*, p. 120.

<sup>51</sup> «Yo me atengo a lo dicho: /La Justicia, /a pesar de la Ley y la Costumbre, /a pesar del Dinero y la Limosna. /La Humanidad, /para ser yo, verdadero. /La Libertad, /para ser hombre. /Y la Pobreza, /para ser libre. /La Fe, cristiana, /para andar de noche, /y, sobre todo, para andar de día. /Y, en todo caso, hermanos, /yo me atengo a lo dicho: ¡la Esperanza!» (P. Casaldáliga).

Es así como la Palabra se convierte en iluminación para los senderos de la persona de hoy.

- 1) *Estructuras de amparo*: No únicamente de caridad o de ayuda puntual, siempre necesarias. La comunidad cristiana habría de trabajar los caminos de la promoción del desarrollo, porque el nombre de la justicia es hoy el desarrollo. Es idea que se va reiterando desde posiciones doctrinales hasta planteamientos de acción<sup>52</sup>. Más allá de los egoísmos internacionalizados y aparentemente inamovibles, una idea va creciendo en el seno de la sociedad: que el desarrollo no será nunca una realidad plena mientras no sea un desarrollo para todos los pueblos. Un desarrollo solamente «sostenible» para quien lo pueda sostener contradice la idea humana de desarrollo<sup>53</sup>. Desde este pensamiento de abre una nueva era para la historia humana, algo todavía por hacerse. La comunidad cristiana habría de colaborar sin dilación y sin escapatórias a crear estructuras de amparo social que posibiliten un desarrollo real en todos los pueblos, singularmente en quienes se ven sistemáticamente apartados del mismo. Para ello siempre será necesario un crecimiento económico con equidad, siendo las zonas devastadas del planeta las que han adquirido, a lo largo de la historia, más derecho a su desarrollo<sup>54</sup>.
- 2) *Cristificar, no cristianizar*: De la lectura de 1 Pe se puede deducir que al autor no le interesa tanto cristianizar cuanto cristificar. Lo primero sería intentar convertir a la religión cristiana al mayor número posible de personas, vana pretensión en el marco del paganismo reinante y desde un cristianismo prácticamente desconocido. Lo segundo consistiría en vivir y

---

<sup>52</sup> Lo decía ya el Vat. II hace más de cuarenta años (GS 64-65) hasta documentos del actual Magisterio de la Iglesia (NMI 56).

<sup>53</sup> Cf J. RIECHMANN, *Hacia aun desarrollo sostenible y solidario*, en *El cristianismo ante el siglo XXI, una mirada nueva. XIX Congreso de Teología*, Madrid 2000, pp. 17-38.

<sup>54</sup> Cf K. WATKINS, *Crecimiento económico con equidad*, Barcelona 1999.

ayudar a vivir lo cotidiano de la existencia con los criterios de Cristo, los que repetidas veces aparecen en el Evangelio (paz, amor, libertad, servicio, acompañamiento a los débiles, generosidad, etc.). Muchas de las indicaciones éticas que desgrana 1 Pe van en ese sentido. Por supuesto, y en esta línea, tampoco interesaría tanto eclesializar la realidad, hacerla coincidir con el marco de la estructura eclesiástica. Esto caería fuera de los ámbitos de la misión eclesial<sup>55</sup>.

- 3) *Una espiritualidad integradora*: De alguna forma, aunque sea en maneras débiles, 1 Pe deja entrever que no todos los sectores del paganismo están contaminados por la impiedad. De donde se podría deducir que su espiritualidad es integradora de los aspectos humanizadores que contiene toda realidad social. Este rasgo resulta interesante para el creyente de hoy necesitado de hacer un esfuerzo por integrar la secularidad en la espiritualidad actual. De alguna manera se percibe que lo sagrado y lo profano tienden a disminuir sus divergencias<sup>56</sup>. Y es incipiente el anhelo de una espiritualidad más englobante, más social, más patrimonio de la humanidad entera<sup>57</sup>. Hay

---

<sup>55</sup> «Cristificar no es lo mismo que eclesializar, ni siquiera que cristianizar. Ya hemos dicho que a la Iglesia le sirve tanto el modelo de la “conversión” del mundo como el del fermento en el mundo. En ambos puede cumplir su misión y en ambos puede dejar de cumplirla. Pues de acuerdo con la enseñanza de Jesús, el mundo no realizará su dimensión crística por el hecho de decir “Señor, Señor”, ni porque los papas tengan poder temporal, ni porque haya una fiesta de Cristo Rey en la liturgia, sino porque da de comer y de beber a los que no tienen, viste a los desnudos y visita a los enfermos y a los presos...»: J.I. GONZÁLEZ FAUS, *¿Para qué la Iglesia?*: Cuadernos de Cristianisme i justícia 127, p. 14.

<sup>56</sup> Jesús reduce al máximo tales divergencias.

<sup>57</sup> «Creyentes y no creyentes se van uniendo de manera sorprendente, a veces quizá desconcertante, en una concientización más profunda y en la que podríamos llamar *el umbral del misterio*, en el “misterio del ser” (Max Planck), en el “sentimiento cósmico-religioso” (A. Einsiein). Algo así como si *lo sagrado y lo profano* tendieran a disminuir sus divergencias y a acortar distancias. En todo ello captamos un *murmullo* especial y difuso, una especie de “rumor de ángeles”, como lo califica el sociólogo Peter Berger. Surge una intuición, una necesidad espiritual más global, integrada e integradora de la realidad, mucho menos sacrali-

quien se lanza a campañas para evitar la «muerte del espíritu» desde planteamientos no religiosos<sup>58</sup>. Todo ello son signos de la posibilidad de ir llegando a una espiritualidad que integre lo profundo de la experiencia humana y los valores de la experiencia religiosa.

- 4) *Razón de qué esperanza*: Insta 1 Pe a sus lectores a que den razón de su esperanza en la sociedad en que les ha tocado vivir. ¿Razón de qué esperanza? Jesús lo deja entrever en Jn 18,37: el testimonio que Jesús da con sus palabras y vida es que la persona tiene salida, que historia puede llegar a plenitud, que la capacidad de ser hijo de Dios que Dios ha sembrado en la existencia (Jn 1,12) puede florecer y plenificarse, que lo humano tiene la plenitud y el gozo como meta. Un testimonio sobre el valor de la vida. De esa esperanza habrá que dar razón<sup>59</sup>. Más que una fe confesante en aspectos únicamente religiosos se está demandando una confesión de fe en el valor de la vida, tantas veces tentados como estamos de renegar de ella. Esta esperanza es la que están necesitando grandes capas de la población. Esto puede ser «buena noticia» para el cúmulo de carencias que afectan al caminar humano.
- 5) *Un bautismo en la vida*: Hay quienes consideran a 1 Pe como una homilía bautismal por las numerosas alusiones que hay a esta realidad paleocristiana. Pero el bautismo tiene en textos como éste un componente de transformación social: se quiere hacer ver que es en el marco de unas relaciones sociales

---

zada, que indica un cambio de sensibilidad y paradigma. Todo ello es todavía muy débil e incipiente...»: M.J. ARANA, *Secularidad y espiritualidad*, en *10 palabras clave sobre secularización*, Estella 2002, 251-252; J.M. VELASCO, *Mística y humanismo*, Madrid 2007.

<sup>58</sup> Toda la campaña desarrollada por A. MUTIS y J. RUIZ PORTELLA con su *Manifiesto contra la muerte del espíritu*.

<sup>59</sup> El Magisterio ha insistido mucho en la recristianización del mundo a través de una confesión religiosa explícita (NMI 40). Pero eso no ha sido suficiente para parar la descristianización de los países occidentales fuertemente afectados de secularismo.

humanas donde se ha de vivir la exigencia del bautismo, la ruptura con maneras injustas e inhumanas de proceder<sup>60</sup>. De tal manera que el bautismo y los comportamientos éticos están indisolublemente mezclados. La manera de anularlo es llevar un tipo de vida que desdiga de unos comportamientos concordes con la ética evangélica<sup>61</sup>. Desde ese punto de vista habrá que decir que grandes capas sociales abandonan el bautismo religioso pero, por otra parte, crece su anhelo de justicia<sup>62</sup>.

- 6) *Persecución de fe o persecución religiosa*: Parece que I Pe habla de contrarrestar la persecución religiosa ejercida sobre un grupúsculo extraño en el mar del paganismo como era el cristianismo naciente con un comportamiento creyente y ciudadano en la mayor integridad posible. Quizá se esté queriendo decir que el Evangelio no genera muchos enemigos, únicamente aquellos que se lucran de los pobres. Mientras que el hecho religioso siempre ha producido gran cantidad de enemistades, rechazos, luchas y persecuciones. De manera de que la mejor forma de contrarrestar la persecución religiosa será la integridad moral y los caminos de convivencia fraterna en total entrega<sup>63</sup>. Ahora bien, para que una religión deje de ser perseguida cuando se halla en situación de inferioridad no le queda otra salida que intensificar la bondad de sus caminos

---

<sup>60</sup> «Los ritos (sacramentales) expresan veladamente la naturaleza antisocial en el fondo, del ser humano; pero lo hacen para transformar esa naturaleza antisocial en motivación para una conducta pro-social. Este compromiso de conducta pro-social va asociado a los dos sacramentos (bautismo y eucaristía)»: G. THEISEN, *La religión de los primeros cristianos*, Salamanca 2002, 167.

<sup>61</sup> Quizá en esta clase de parámetros habría que situar la moderna polémica sobre el tema de la *apostasía* en nuestra sociedad: Cf *Apostasía*: Vida Nueva, n° 2586, pp. 34-35.

<sup>62</sup> No terminamos de ver que sea un buen análisis el de Juan Pablo II en *Ecclesia in Europa* n° 9: «La cultura europea da la impresión de ser una apostasía silenciosa por parte del hombre autosuficiente que vive como si Dios no existiera».

<sup>63</sup> El socorrido *odium fidei* parece ser las más de las veces *odium religiones*.

fraternos, no tanto el aliarse con poderes que la defiendan y que, peor aún, ejecuten sus tendencias vindicativas.

- 7) *¿Vida cristiana sin comunidad?:* Para 1 Pe esto es algo inconcebible<sup>64</sup>. Más bien tiende a identificar la vivencia de la fe con la de la comunidad, de tal manera que si esta falla, aquella se hace imposible. El mecanismo religioso, basado en modos jerárquicos de vivir la fe, parece poder prescindir de la comunidad para sus fines. Le basta con tener un número suficiente de fieles. Pero para el NT una vida cristiana sin comunidad resulta literalmente imposible. «La verdad de la iglesia es la misma comunión de palabra y de acción de los creyentes, expresada como encuentro personal y transparencia humana»<sup>65</sup>. No es esto ningún reduccionismo. Basta tener clara la idea de comunión expresada por Jesús en Lc 22,24-38 y llevada a parámetros comunes de vida. El reencuentro con la comunidad sigue siendo tarea de la Iglesia ya que hace muchos siglos que sus caminos se han diversificado<sup>66</sup>.
- 8) *Una espiritualidad de las migraciones:* Este situación que nos toca de cerca no solamente está necesitada de estrategias de solución y de amparo económico y material. También hay necesidad de ir elaborando, a la par, una espiritualidad, una manera cada vez más honda y más seria de encarar el asunto. Esta espiritualidad ha de intentar asentarse sobre el tema de la inclusión y, en definitiva, sobre la confianza. Únicamente desde ahí se puede «reconocer» al otro con todas sus potencialidades, particularidades y problemas<sup>67</sup>. Elaborar una espiritua-

<sup>64</sup> Como lo sería para Pablo: Cf Rom 12-15.

<sup>65</sup> X. PIKAZA, *Sistema, libertad, Iglesia. Instituciones del Nuevo Testamento*, Madrid 2001, 401.

<sup>66</sup> «Nadie en la Iglesia es más que nadie, a no ser el más pequeño, el excluido del sistema, ni nadie es menos: todos son hermanos, no como un orden que marca de manera autoritaria el lugar de cada uno, sino como comunión donde todos tienen y comparten la palabra»: *Ibid.*, p.402.

<sup>67</sup> Cf A. ORTEGA, *La fuerza de los pocos...*, p.72.

lidad de la confianza social que abarque también a los emigrantes es uno de los mayores retos espirituales de nuestra sociedad.

### **Conclusión**

Tratando de recopilar en axiomas breves los aspectos más importantes que se pueden extraer de 1 Pe concluimos:

- La necesidad de amparo que arraiga en el fondo de la estructura humana tiene soluciones siempre que nuestra búsqueda vaya más por el cauce del corazón de la persona que por meras estrategias de amparo material.
- El amparo elemental deriva de la conciencia de pertenencia a la familia humana, llegando a la conclusión de que el amparo nos viene más por las personas que por las cosas.
- La inclusión y la confianza son las bases de una espiritualidad de la convivencia que puede tener cabida en cualquier cultura, y por supuesto en la cultura secular de hoy.
- Por eso mismo, una fe inserta y fraterna puede ser mezclable a cualquier planteamiento social que valore la realidad humana como base de actuación y norte de la existencia.
- Una ética humanista es la carta de credibilidad de cualquier planteamiento religioso. Sin ella, sus pretensiones de mezcla con el hecho social se esfuman.
- La comunidad, humana y creyente, garantiza la posibilidad de que cualquier anhelo de vida amparada pueda tener un modo histórico palpable y concreto. Sin la comunidad el peligro de individualismo deriva en la ley de la selva y, por ende, en el mayor de los desamparos.
- La vida de Jesús de Nazaret, su comportamiento y sus maneras de pensar, alientan este camino del amparo desde una comprensión y mirada nueva, fraterna y sanadora, de la realidad social.